

Ralph Buchenhorst\*

## ◉ Los desaparecidos de Argentina: localizaciones múltiples de un discurso de la memoria

**Resumen:** El artículo relaciona diferentes maneras de analizar el fenómeno de los desaparecidos durante la última dictadura argentina en el contexto del discurso de la memoria. Pregunta bajo qué condiciones se ha producido un giro según el cual ésta ya no busca una reconstrucción absoluta de los acontecimientos. Muestra que el discurso recurre a un desarrollo teórico en el que se incluyan posiciones constructivistas que permitan situar el propio contexto local en una dimensión global y desarrollar un tratamiento crítico del discurso testimonial.

**Palabras clave:** Cultura de la memoria; Desaparecidos; Discurso testimonial; Representación estética; Argentina; Siglos XX-XXI

**Abstract:** The article joins together different ways of analysing the phenomenon of the disappeared during the last military dictatorship in Argentina. It shows that the so called discourse of remembrance, in a paradigmatic turn, has overcome the claim for an absolute representation of the past. Instead, it includes constructivist positions which allow to integrate the local conditions and expressions into a global dimension and which lead to a critical analysis of the discourse of testimonies.

**Keywords:** Politics of remembrance; Disappeared; Discourse of testimonies; Aesthetic representation; Argentine; 20th and 21st Century

### 1. Primera localización: los desaparecidos y la Shoah

A primera vista, la reconstrucción teórica y estética del terror político durante la dictadura militar en la Argentina entre 1976 y 1983 no es afín al discurso pionero de la memoria en el siglo XX: el discurso sobre la Shoah. Este último pone de manifiesto un discurso teórico establecido que interroga, en el marco de una crítica radical de las reglas cognitivas establecidas, las paradojas de una representabilidad de lo irrepresentable

---

\* *Ralph Buchenhorst es doctor en filosofía por la Universidad de Viena y enseña actualmente en las universidades de Potsdam y de Halle-Wittenberg. Ha sido profesor invitado de la Universidad de Buenos Aires (2002-2006). Ha editado Políticas de la memoria: Tensiones en la palabra y la imagen (junto con Sandra Lorenzano, 2007) y Observaciones urbanas. Benjamin y las nuevas ciudades (con Miguel Vedda, 2008). Asimismo, ha publicado numerosos artículos en el ámbito de la filosofía del lenguaje y sobre el discurso de la memoria de la Shoah.*

(como ejemplo: Friedlander 1992a). Por el contrario, la tortura y asesinato sistemáticos de miles de argentinos no encuentran en la discusión académica ni en el discurso cotidiano de la memoria el mismo interrogante productivo a propósito de los criterios convenientes de su representación que el análisis teórico-cultural de la Shoah propio de la sociedad europea de postguerra. Seguramente, todo ello se debe a que, en relación con la práctica y los resultados del terror en la Argentina, no hay lugar para la existencia de un espacio de lo inconcebible. Aunque la maquinaria de aniquilamiento de la Junta militar, los instrumentos de secuestro, la acción de convertir anónimas a las víctimas y la red de centros clandestinos de detención poseen un carácter sistemático y aunque se pueden verificar similitudes con las prácticas genocidas del nacionalsocialismo, sin embargo, falta el momento de construcción de una caja negra central para el discurso de Auschwitz: un lugar de la negación de cualquier capacidad de presentación. En Argentina no se llegó a secuestros masivos rigurosamente organizados, tampoco se pusieron en práctica dispositivos modernos, como lo fueron las cámaras de gas, para hacer del terror de Estado un procedimiento de aniquilación masiva administrativamente ordenado y, sobre todo, industrialmente sostenido. Además, las acciones de limpieza de la policía secreta no se basaban en una ideología plenamente genocida. No se trató del aniquilamiento de un grupo racial en su totalidad, sino de la supresión de los portadores de un pensamiento político definido como enemigo del Estado, aun cuando en mayo de 1977 el general Ibérico Saint Jean, gobernador de la provincia de Buenos Aires, definió finalmente a cualquiera como sospechoso: “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después... a sus simpatizantes, enseguida... a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos” (cit. en: *International Herald Tribune*, Paris, 26.05.77).

En efecto, hay representaciones de las prácticas y las consecuencias de la dictadura argentina que ponen de manifiesto elementos analíticos o expresivos similares a aquellos que son propios de la Shoah. En su ensayo filmico *Garage Olimpo*, una película sobre las prácticas en los *centros clandestinos* (lugares de tortura de los militares), Martín Bechis respetó el principio de la irrepresentabilidad del terror físico y, en consecuencia, rehusó representar las torturas reales en los *quirófanos* (las cámaras de tortura preparadas para tratamiento con electroshock) en las escenas de secuestro, detención, interrogatorio y tortura. Por su parte, en su film documental *Me queda la palabra*, Bernardo Kononovich emprende la reconstrucción de la Shoah en relación con la dictadura militar argentina en tanto que dispone en paralelo testimonios de supervivientes de los campos de aniquilamiento nacionalsocialistas junto con los de un superviviente de centros clandestinos argentinos. También Daniel Feierstein se ocupa de análisis de genocidios como forma de praxis social y busca elementos constitutivos en ambas políticas históricas de sometimiento, como la acción de volver anónimas a las víctimas, el hecho de situarlas en ghettos y el desplazamiento de la culpa (Feierstein 2000; 2007). Finalmente, también deben mencionarse los trabajos que comparan la habilitación de espacios de la memoria en las respectivas capitales, Berlín y Buenos Aires, para descifrar en ellos las formas diferenciadas de acceso a los respectivos pasados políticos específicos de ambos países (Schindel 2006; Huffschmid 2006).

Por otra parte, a través de la actual discusión pública y académica acerca de las posibilidades de una relación con las consecuencias de la última dictadura en Argentina, las discusiones sobre el fenómeno de los desaparecidos nos dan la oportunidad de encontrar

argumentos y formas de representación que, por un lado, resultan de las circunstancias sociales características de supervivientes, de testigos directos de aquel momento y de la generación posterior en Argentina; y, por otro, tales argumentos y representaciones ya pueden remitirse al discurso de la representación de la Shoah. Pues, si bien en el contexto de los desaparecidos no existe una caja negra del lugar central de los hechos (la cámara de gas), existen, sin embargo, dos elementos que cumplen una función similar: la irracionalidad característica del terror de Estado, expresada en la definición y tratamiento de las víctimas (elección de las personas, contenido de los interrogatorios, decisión sobre la vida y la muerte de los detenidos<sup>1</sup>), y, en el discurso de la memoria, las narrativas de las víctimas, aparentemente incontrolables e incongruentes, que, debido a su gran cantidad, activan permanentemente la elección, la definición y la escenificación del lugar de la memoria. La pregunta central es entonces: ¿cómo se construye la memoria en un contexto social que todavía está él mismo ocupado en la reconstrucción de los hechos (por ejemplo, descubrir, asegurarse, reconocer los lugares del terror y el archivo de la policía secreta; promulgar o derogar leyes de amnistía o persecución de culpables; identificación de implicados indirectos) y que debe contar con la confrontación directa de verdugos y víctimas, pero que, por otra parte, no está condicionado por la problemática de la pregunta acerca de la representabilidad, sino que puede concebir la proyección de la memoria como construcción? O, más estrictamente: ¿cómo y bajo qué condiciones se ha producido en la memoria postdictatorial de Argentina un giro según el cual ésta ya no busca una reconstrucción definitiva y absoluta de los acontecimientos, sino que se re-escenifica para crear un proceso discursivo de reinterpretación permanente del pasado que incluye perspectivas políticas, sociales, culturales y económicas? Pues el discurso de la memoria en Argentina puede recurrir a un desarrollo teórico que ya de por sí incluye posiciones constructivas propias del historicismo crítico: la ideología metafísico-crítica de autores como Michel Foucault, Hayden White, Tzvetan Todorov y Gilles Deleuze es referencia habitual para el análisis del fenómeno de los desaparecidos.

No obstante, al mismo tiempo debe subrayarse que el recurso crítico-ilustrado del pasado autodestructivo del país representa un fenómeno relativamente nuevo. Hasta mediados de los años noventa, las instituciones políticas de Argentina y amplios círculos de la población apenas se interesaban por una completa reconstrucción de las consecuencias de la llamada *guerra sucia*. El gobierno argentino se comportó de manera relativamente conciliadora con los militares responsables, y en 1990 el por entonces Presidente de la Nación Carlos Menem proclamó una amnistía general. Además hubo planes para demoler el edificio de la ESMA (Escuela Superior de Mecánica de la Armada, Buenos Aires), en el que estuvo instalado el centro clandestino de detención más importante del país. Recién después de la confesión pública de varios militares en el año 1995, que despertó gran atención en la población, Argentina comenzaba a unirse a un discurso de la memoria ya establecido globalmente y, con el establecimiento de la iniciativa civil, se logró una infraestructura propia de la memoria a través de la revisión de las leyes de

---

<sup>1</sup> Emilio De Ípola, preso político entre 1976 y 1978, sobre el que volveremos luego más en detalle, se remite al fenómeno de los llamados *garrones*, personas apolíticas encarceladas al azar o por error que, sin embargo, tenían una función calculada dentro del sistema concentracionario: podían ser liberados sin peligro cuando empezaron a prosperar medidas conciliadoras a raíz del aumento de la presión de organizaciones internacionales de Derechos Humanos (De Ípola 2005: 46, 49).

amnistía, de la creación de espacios de la memoria y de la realización de jornadas internacionales.<sup>2</sup> Esta integración también permite colocar el propio contexto local en una dimensión global: en los medios, en congresos y en discusiones culturales, el trabajo con el propio pasado se pone en relación con constelaciones comparables en Sudáfrica, Rusia, Alemania y Chile, entre las cuales la Shoah ocupa una posición sobresaliente. Se trata de sugerir algunos interrogantes fructíferos en una relación crítica con la Shoah (incluidos los motivos del análisis teórico, de la responsabilidad política y ética para con las víctimas y de la representación en los museos de la memoria), con las consecuencias jurídicas, estéticas y teóricas del propio pasado. La Shoah funciona en este sentido como una hoja de proyección ante la cual la historia de los desaparecidos se vuelve más transparente, pero que, a la vez, puede ir más allá del hecho singular de la aniquilación de los judíos (Huysen 2003: 98 ss.).

## 2. Referencia estética versus referencia analítica

En esta sección intentaremos contraponer la reconstrucción analítico-discursiva de la última dictadura argentina a la reconstrucción artística. Como ejemplos significativos de la primera posición presentaremos los análisis de Emilio De Ípola, de Pilar Calveiro y de Beatriz Sarlo; para la reconstrucción artística nos atenderemos a una novela de Martín Kohan, el proyecto del Parque de la Memoria en Buenos Aires y, en una constelación transcultural, a un trabajo de exposición promovido por el artista alemán Horst Hoheisel y luego continuado por curadores argentinos.

### 2.1. *Segunda localización: proceso de transformación de la memoria en análisis sociológico*

En lo que se refiere a uno de los temas cruciales en el discurso global de la memoria en el siglo XX, la crisis del testimonio, cabe destacar en el contexto argentino un escrito excepcional, quizá uno de los primeros sobre la experiencia concentracionaria durante la última dictadura militar en Argentina. En él se refleja un procedimiento que añade desconfianza al informe directo de testigos. El argentino Emilio de Ípola en su trabajo de análisis del discurso *La bamba. Acerca del rumor carcelario*<sup>3</sup> (De Ípola 2005) trata su propia experiencia como secuestrado y detenido en un centro clandestino de forma tan escéptica que emprende críticamente su examen a través de un análisis teórico.<sup>4</sup> De

<sup>2</sup> Sin embargo, muchos proyectos subvencionados por el Estado fueron congelados después de la crisis de 2001, como el Parque de la Memoria en Buenos Aires, sobre el que volveremos luego más detalladamente.

<sup>3</sup> La palabra “bamba” es una creación de la Cuba prerrevolucionaria. En realidad significa “labios hinchados”. En el contexto de la comunicación clandestina, las “radio bembas” eran informaciones que transmitían los comunicados de las estaciones de radio ilegales del movimiento 26 de Julio en Cuba, y que entonces se difundían por propaganda oral.

<sup>4</sup> Beatriz Sarlo, en su análisis del texto de De Ípola, comenta ese procedimiento de la siguiente manera: “La experiencia se mide por la teoría que puede explicarla, la experiencia no se rememora sino que se

Ípola, que después de estudiar filosofía en Buenos Aires y de escribir su doctorado en París trabajó como sociólogo en Argentina y Chile, fue secuestrado por militares el 7 de abril de 1976 y encerrado durante más de veinte meses en diferentes centros. Poco después de su liberación escribió un primer borrador de *La bamba*, cuya versión definitiva se publicó finalmente, junto con otros ensayos, en 1982 en México. En la introducción a la reedición de 2005, De Ípola aclara qué reglas crítico-analíticas lo guiaron en la redacción. Después de las discusiones mantenidas con los lectores de su primer borrador, llegó a la conclusión de que muchas de sus afirmaciones eran el resultado “de la extrapolación a todo el régimen penal-político de lo que no había sido más que mi experiencia individual y la de mi entorno inmediato en el muy parcial universo carcelario que me había tocado en suerte” (De Ípola 2005: 8). Para escaparse entonces de una extrapolación inocente de su experiencia de reclusión, reducida y corrompida en sí misma en la estrategia general de la observación de delincuentes políticos, será necesario el distanciamiento (cuando no científicamente, al menos intelectual y analíticamente motivado) de su tema: la comunicación entre los prisioneros políticos. De acuerdo con esto, el yo-testigo emerge en un solo pasaje del ensayo, en su último párrafo, y ni siquiera en ese caso lo hace para autorizar la experiencia específica de la comunicación concentracionaria a través del esperable “yo estuve realmente allí”, sino solamente para dar expresión a una tristeza imponderable de no poder sentir ya más el placer que produjo una transmisión con éxito de un rumor en el interior de un mundo carcelario impregnado de aislamiento e ignorancia.<sup>5</sup> El autor relaciona esta declaración con la afirmación de que él mismo, aunque entre tanto hubiera sido puesto en libertad, todavía formaba parte de este proceso de comunicación, en tanto que escribía sin autorización cartas a personas que continuaban detenidas y firmaba con el nombre de un familiar cercano a ellas.

Dadas esas condiciones, De Ípola intenta situarse a sí mismo en el espectro del perfil del disidente. En el transcurso de su investigación efectúa una clasificación decidida de los detenidos, concebida sociológicamente, para volver a encontrarse en la clase de los “profesionales e intelectuales con ideología política pero sin actividad política directa”. En el contexto de las condiciones de detención, esta clase se ve tan afectada por las *bembas* como otras (excepción: los detenidos no políticos, que eran alojados en algunos centros de detención junto con detenidos políticos). El autor describe esta susceptibilidad

---

analiza” (Sarlo 2005: 110). Es mérito de Sarlo haber sacado el texto de De Ípola del abismo del olvido en el que se encontraba porque, como Sarlo misma apunta, no entraba en el concepto habitual de cultura de la memoria, que prefiere una confrontación inequívoca y directa entre una subjetividad frágil y un manifiesto terror de Estado.

<sup>5</sup> De ninguna manera puede ratificarse a partir de aquí la posterior afirmación de Sarlo, según la cual la experiencia directa de De Ípola sería un subtexto materializado en las notas al pie, por así decirlo, la *materia prima* del ensayo (Sarlo 2005: 109 y ss.). El texto de las notas al pie cumple generalmente (con una única excepción) la función convencional de aclaración complementaria, indicación de fuentes o presentación de argumentos específicamente sociológicos de ensayos actuales que sostienen el concepto del autor. En este caso se trata de las correspondientes investigaciones de Goffman, Foucault y Levi-Strauss acerca del internamiento, la vigilancia y la creación de mitos. Seguramente se puede comprender la experiencia personal del autor como *materia prima* de su propio ensayo, pero ésta se muestra incluso allí donde ninguna nota al pie autoriza el texto que fluye, por ejemplo, con los once ejemplos representativos de las llamadas *bembas* con las que se inicia la investigación. A través de la argumentación y del estilo, al lector le queda claro que allí se trata de rumores que el autor mismo rescató durante su detención.

como comportamiento adictivo, y el sentido de los rumores no como difusión de información importante sobre decisiones de los dirigentes o sobre las acciones que realizaban, sino como relleno improvisado del vacío comunicativo del centro clandestino. Aunque también De Ípola intente explicar en repetidas ocasiones la participación en el mercado de rumores como acto de resistencia (según sus palabras, como “punto cero de la resistencia”) en un entorno impregnado de desinformación, aislamiento y violencia física, no por eso el lector llega a distinguir una comunicación en los análisis detallados del entorno con los rumores que exprese la impotencia de los detenidos. Pues a las bombas les faltan dos elementos fundamentales para la comunicación: no producen ninguna memoria colectiva específica y no producen ninguna acción. Por eso, el autor también considera los rumores carcelarios como “discursos desechables”, oponiéndoles la decisiva constelación del centro clandestino de detención: “Hemos visto que la cárcel política lleva a sus últimos extremos los mecanismos que aseguran una distancia máxima entre el saber de las autoridades y la ignorancia de los detenidos” (De Ípola 2005: 26). Esta discrepancia se expresa en un enfrentamiento entre rumor e “información posta”, es decir, una información verificada, casi siempre a través de informes de periódicos, que le estaba permitido examinar a unos pocos detenidos. Una información tal significaba inevitablemente el fin del correspondiente rumor.

La paradoja de la situación del centro clandestino de detención consiste, entonces, en que la clase de los intelectuales políticamente motivados, a la cual pertenece el autor, se distingue a través de un conocimiento académico llevado al centro clandestino de detención, un conocimiento que allí cae en la nada, una nada de contextos concretamente relevantes. Si bien los detenidos se convierten en semiólogos y exegetas de cualquier clase de signos y expresiones, sólo producen un simulacro, una ilusión de conocimiento (De Ípola 2005: 59). Aquel conocimiento adquirido previo a la detención no es simplemente inservible, contingente, sino que él mismo es la razón de esa negación. Pues el autor nos aclara que la política de desinformación del centro clandestino es la consecuencia de la incontrolabilidad del pensamiento analítico y de la imponderabilidad de sus posibilidades de aplicación. De Ípola cita a un oficial del centro clandestino de detención que justifica reclusión y tortura de la siguiente manera: “entre ustedes hay profesores, ingenieros, abogados, médicos: gente instruida, culta; nunca sabemos cómo pueden reaccionar; nunca sabemos lo que pueden planear; nunca sabemos bien lo que piensan” (De Ípola 2005: 27). El saber provoca la actuación por parte de quienes tienen el poder para impedir que éste se aplique. El resultado es un tipo de comunicación en el que asistimos a la caricaturización de dicho saber y sólo después de la liberación, éste se impone plenamente al pensamiento analítico-discursivo. Así, podríamos concluir que el verdadero acto de resistencia consiste entonces en el análisis posterior, en la capacidad recuperada de apoderarse de un asunto impenetrable y volverlo comprensible en su función. El citado “punto cero de la resistencia” consiste en esa posterioridad del conocimiento analítico, que transforma la *doxa*, de cuya producción participa el conocimiento mismo, en algo nuevamente reconocible por él, en *episteme*.

Llegados a este punto, y a partir de los resultados de nuestras investigaciones, no podemos sino discrepar ante este saber. Por un lado, podemos leer el análisis ya presentado como aquel que salva la argumentación racional en el ámbito de la perfecta irracionalidad, una reapropiación tanto del pensamiento preconcentracionario como de la comunicación concentracionaria. De esa manera, se supera el punto de vista que percibe

la fuente de cualquier autenticidad en la experiencia real. La comunicación manipulada y extremadamente fragmentaria se reconoce ahora como excepción, se vuelve finalmente memorable sobre todo a través de la conservación en el discurso, ya que ella no es representable en sí misma<sup>6</sup>.

Por otra parte, De Ípola parece pagar su capacidad de reflexión en cuanto a la experiencia relatada con una inocencia para con el conocimiento postconcentracionario. Pues es éste, justamente, el que en la discusión europea de postguerra se desenmascara como corrompido y corrompedor. La dialéctica de la ilustración se arrogó a la tarea de desenmascarar la complicidad del conocimiento moderno con el poder y de inculparse como partícipe de este entretejido. Foucault, cuyo libro *Vigilar y castigar* es mencionado en el ensayo de De Ípola como referencia fundamental, se declaró partidario de este entretejido. En De Ípola (y su intérprete Beatriz Sarlo), no hay autocrítica tal. Para ambos, el análisis del discurso es la prueba de la salvación de la racionalidad, que desenmascara la ilusión del conocimiento en el rumor y restablece el conocimiento a través de su purificación posterior. No parece pesar aquí el hecho de que, probablemente, muchos de los oficiales de los centros de detención y, con seguridad, muchos de los dirigentes delegados tuvieran una clase de educación similar a la de los intelectuales detenidos. Para una interpretación de este tipo no entra en consideración el giro radical hacia la autonegación. Veamos si las consecuencias de la elaboración de una experiencia carcelaria resultan diferentes en un ejemplo de detención similar.

Un intento a primera vista comparable de un análisis de una experiencia concentracionaria inspirado sociológicamente lo representa la investigación de Pilar Calveiro *Poder y desaparición* (Calveiro 2004). Calveiro misma estuvo detenida durante un año y medio, a partir de mayo de 1977, en varios centros. También podría haberse esperado de ella un informe como testigo, quizá refrendado por reflexiones teóricas a propósito de la propia posición narrativa, tal como hicieron Primo Levi o Jean Amery en el contexto de la Shoah. Pero también Calveiro se decide, al igual que De Ípola, en contra de esa narrativa y emprende la elaboración de su experiencia a partir de una forma de observación sociológica: el texto que discutimos es una versión condensada de una tesis doctoral presentada en México.

Calveiro emprende de iluminar el llamado Proceso de Reorganización Nacional en Argentina de los años 1976-1983 desde la perspectiva del desarrollo de la izquierda militante en esa época. Intenta no centrar su argumentación en la figura de la víctima inofensiva e inocente, ni examinar la violencia terrorista como instrumental exclusivo del Estado, sino subrayar la militancia y la estrategia de guerrilla de los posteriores desaparecidos como activos elementos de acción de los perseguidos (de una manera parecida argumenta Lorenz 2004). De este modo se vuelve en contra de la representación de las víctimas, cuya primera expresión apareció en el llamado informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), una comisión que creó el presidente argentino Alfonsín en 1983 para esclarecer el destino de los desaparecidos. En su prefacio, el informe presenta a la mayoría de los desaparecidos como víctimas inocentes cuya detención fue impredecible (CONADEP 2003: 9 y ss.). De acuerdo a la apreciación de muchos observadores críticos, esta idea dio un paso en el camino hacia la despolitiza-

<sup>6</sup> Éste es el resultado de la interpretación que Sarlo le otorga al texto de De Ípola (Sarlo 2005: 109 y ss.).

ción de las víctimas. Por esa razón, Calveiro se ocupa con rigor de los elementos de represión interna, militarización de lo político y subestimación fatal de las capacidades de los militares, elementos que caracterizaron a las organizaciones de los activistas políticos y que le permiten leer una lógica interna del movimiento guerrillero y de su fracaso. Calveiro ve en la estructura jerárquica y en la autolegitimación de los grupos militantes una forma casi ciega de repetición de la situación social exterior, en tanto que cada uno instaló las mismas relaciones de poder de los grupos autoritarios, contra los cuales ellos mismos se enfrentaban. De esta forma, Calveiro constata para las relaciones argentinas una hipertrofia de la opresión. Sugiere una mezcla difusa de poder exterior, establecido y subversivo, comparable a la zona gris entre víctimas y verdugos que Primo Levi reconoció en los campos de exterminio del nacionalsocialismo.

Estos análisis resumidos son reflexiones preliminares acerca del deseo principal de la investigación de Calveiro, la compenetración del sistema de centros de detención en Argentina durante la dictadura militar y su producto central: sus desaparecidos en tanto que personas señaladas como “elementos subversivos”. Calveiro, en oposición a De Ípola, cede la palabra a una enorme cantidad de testigos cuando se trata de la descripción de las relaciones en los centros de detención, de los métodos de tortura de los represores y de las reacciones de las víctimas. La autora misma aparece en su texto una sola vez, durante la descripción del proceso de desaparición de la identidad civil de los detenidos y allí revela el número de recluso que ella misma había recibido en el centro clandestino de detención más importante del país, en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA): “Pilar Calveiro: 362” (Calveiro 2004: 47)<sup>7</sup>. Esta breve entrada es una elipsis del sobrevivir, del proyecto de un continuar viviendo del texto argumentativo que no busca de satisfacerse en su función de supervivencia y testimonio. Pues Calveiro extrae de su propia experiencia y de la de otros detenidos la conclusión de que esa supervivencia misma es fortuita por lo que no se pueden extraer conclusiones de ella, ya sea sobre el comportamiento en el centro clandestino de detención o sobre la integridad moral de los individuos:

No hubo una lógica de la supervivencia o de la muerte que pueda explicarse con parámetros de conducta [...] No hubo realmente una selección sino procesos aleatorios, en los que a veces influyó la habilidad de algunos prisioneros para aprovecharlos y su decisión de tratar de vivir, que permitieron una cierta sobrevida inicial de algunos y más tarde su liberación. También en esto el poder fue arbitrario (Calveiro 2004: 160).

En la posterior reconstrucción de la propia experiencia, en la incorporación de otros testigos y en la aplicación de un instrumento analítico, la autora busca ahora deshacerse de su forma de mirar específicamente concentracionaria. En lugar de hacer valer su derecho de autenticidad, desarrolla su idea del discurso de la memoria como foro. Allí donde el discurso testimonial del uno fusiona lugar, acontecimiento, experiencia individual y supervivencia en un anillo narrativo, allí el análisis sociológico que establece una rela-

<sup>7</sup> Sin embargo, al lector ya se le informa en el prólogo que la autora misma estuvo desaparecida, pero que en el texto siguiente no hace uso de su derecho a un informe de testigo del centro clandestino de detención.

ción discursiva entre los relatos testimoniales de muchos debe abrir el camino para una reconstrucción múltiple y temporalizada.<sup>8</sup>

Obviamente, Calveiro tampoco escapa, en cierto modo, a la contradicción que se produce a partir del factor fundamental, específico, del centro clandestino de detención: su autoridad. Pues, cuando el poder concentracionario es designado como contingente (como hace la misma autora), el concepto sociológico, posteriormente argumentado, no puede representar esta contingencia auténticamente. Así, a posteriori, se inyecta sentido a un acontecimiento del que carece en tanto crudo estado de las cosas. Pero Calveiro distingue el tratamiento arbitrario de los detenidos dentro del centro clandestino de detención del sentido específicamente político que habían defendido y que les llevó al mismo centro. De este modo, la crítica inicialmente forzada del intento de despolitizar a las víctimas adquiere sentido para la interpretación del sistema carcelario. La devuelve a la memoria del proceso completo de represión, contrarrepresión y eliminación la esencia política de la idea de cambio social. En lugar de reprimir en la idea de inocencia de las víctimas su perspectiva política y con eso favorecer su heroización naif, critica la dura forma de mirar impregnada de la lógica binaria enemigo-amigo y de una fijación en la apropiación del poder controlado por el Estado<sup>9</sup>. En esta relación, Calveiro supone que, a lo mejor, justamente es esta idea de centralidad del Estado y de voluntad de controlar sus instituciones la que potencia la violencia en la lucha política (Calveiro 2007: 59). Por eso, propone pasar a formas horizontales de organización política y a la construcción de espacios políticos periféricos, autónomos del poder del Estado. Consecuentemente, defiende un trabajo con el pasado que remite tanto la responsabilidad social como la construcción de la memoria a la pluralidad de actores políticos y sensibles a la historia.

De esta reconstrucción epistemológica de la propia (y ajena) experiencia concentracionaria resultan consecuencias para la representación estética de los acontecimientos recordados. Como en Europa, también se forma en Argentina (y, con demora, en Chile) un discurso de la memoria que reclama tanto la reconstrucción y transmisión de los acontecimientos en los lugares auténticos como la reelaboración de la historia en el espacio público. A través de la posición descrita, se rechaza, sobre todo, una forma de representación que muestra al desaparecido como una víctima inocente identificada con una forma establecida de vida burguesa. Calveiro cita críticamente una exposición titulada *Exposición por la identidad del detenido desaparecido* realizada en 1997, es decir, catorce años después del fin de la dictadura, que, a través de fotos, documentos, objetos y cartas, intentaba representar la vida preconcentracionaria de los protagonistas principalmente a través de ritos socialmente cotidianos, bautismos, casamientos, comuniones, e impregnada de la integración y el reconocimiento de una aspiración de rendimientos escolares superiores al promedio. Para Calveiro estas obras de exposición eran evidentes “muestras de vida cuya excepcionalidad consistía no en la ruptura del patrón si no en el óptimo desempeño del mismo. Relatos de los que los propios desaparecidos probablemente

---

<sup>8</sup> Sarlo señala otro aspecto del discurso testimonial: su condición de intocable se alimenta también de los principios morales violados en el centro clandestino. En tanto que Calveiro renuncia a identificarse con su condición de testigo, sacrifica su autoridad imperativa (Sarlo 2005: 122 y ss.).

<sup>9</sup> En la misma dirección se encuentra la valoración de Ricardo Forster (2007), quien critica sobre todo el poder simbólico que ejercen las Madres de Plaza de Mayo, la primera iniciativa civil que ofreció resistencia durante la dictadura, en su facción fundamentalista.

habrían abominado” (Calveiro 2007: 56). En su lugar, ella promueve, por una parte, una discusión y representación de la historia política del país antes de 1976, y, por otra, una discusión con la totalidad de los actores políticos directos e indirectos de la fase de la represión (partidos políticos, sindicatos, Iglesia, organizaciones clandestinas, medios de comunicación), en conclusión, una interpretación del pasado desde la constelación presente específicamente política y social. Una discusión múltiple y dirigida al presente debería preceder la codificación simbólica de los auténticos lugares de la memoria y producir una “visión caleidoscópica” del pasado (Calveiro en Pastoriza 2005: 93 y ss.). Esta reconstrucción del pasado, que recuerda al concepto de historia de Walter Benjamin, sólo puede ser consecuente si reelabora la posición propia desde esta perspectiva. También debe exponer con franqueza las reglas éticas y políticas que aplica par la selección necesaria de la narrativa de la memoria (en este sentido, también, Oberti/Pittaluga 2001). Calveiro realiza todo esto en tanto muestra la vertiente ideológica a la cual fue conducida ella misma por la militancia política desafiante de la violencia estatal.

Esta postura emprende entonces un doble autodistanciamiento: por un lado, parte de la posición del yo-víctima, que estaría autorizado a presentar un informe de experiencia, para llegar a una posición sociológica que intenta tomar en cuenta un caleidoscopio de perspectivas de actores que no se someten automáticamente al dualismo verdugo-víctima. Por otro lado, esta posición es de nuevo relativizada, en tanto conecta la reconstrucción del pasado con sus respectivas relaciones socio-políticas vigentes, con cuyo cambio también domina una revisión del análisis sociológico. De ese modo, el discurso de la memoria está necesariamente comprometido con la producción de diferencias en la interpretación actual del pasado. Esto le concede al término central *desaparecido* un específico contenido metafórico: el de las voces desaparecidas con cuya (hipotética) emergencia debe transcribirse una y otra vez la historia del desaparecido.

La posición de la generación postdictatorial se diferencia de la anterior, fundamentalmente, en esta búsqueda de la diversidad de voces que reconstruyen y en su desconfianza hacia la propia experiencia. Ésta es, en todo caso, la opinión de Beatriz Sarlo, socióloga de la cultura y una de las intelectuales eminentes en la Argentina contemporánea. Sarlo cree que la generación posterior a 1955 estuvo muy alejada de una perspectiva exploratoria y cambiante. Su búsqueda se fijó en una interpretación de la historia reciente como proceso incontrastable hacia una revolución de la sociedad entera y cuyo protagonista, el pueblo o el proletariado, era el portador de inderrribables ideales. Sarlo bosqueja la imagen de una generación guiada por máximas propias de un marxismo vulgar e identificada con el mandato político de las masas, que hubiera rechazado cualquier forma constructivista o individualista de discusión sobre la actuación política de sus padres. Esa postura contrastaría, realza la autora, con el hecho de que también esa generación estaba marcada de un trauma sufrido por la anterior. Si bien éste no tuvo la dimensión de la experiencia de la desaparición masiva en la última dictadura, la subida al poder de Perón en octubre de 1945, la difusa búsqueda de una tercera vía entre el capitalismo y el comunismo, y el robo del cadáver de Eva Perón habían preparado asimismo un escenario que significó para la generación de los padres una experiencia traumática carente de orientación y de valoraciones políticas confiables, una experiencia que reclamaba por parte de la generación posterior una superación activa y crítica. Ahora bien, ésta, como ocurrió con la segunda generación de la Shoah, no estaba impregnada del topos de la irrepresentabilidad, del vacío y de lo fragmentario, sino de la idea de una superación

decidida del pasado: “La memoria debía funcionar como ‘maestra de la política’ para que no se repitieran las equivocaciones de la generación anterior, que no fue capaz de entender su propio presente” (Sarlo 2005: 145). La memoria de los padres no dio aquí ocasión para la acumulación de paradojas teóricas o para la discusión acerca de lo irrepresentable de sus experiencias, sino más bien para una revisión crítica, a menudo despectiva, que finalmente desembocó en una nueva identidad política que se caracterizó por la convicción de ser el auténtico representante de la voluntad de las masas. Era esa convicción que se instrumentalizó como justificación para apropiarse del poder estatalmente institucionalizado.

Sarlo emprende una reconstrucción del discurso de la memoria de las siguientes generaciones para integrarla en su crítica al concepto de la irrepresentabilidad de experiencias traumáticas. Utiliza la constelación que en la Argentina posterior a 1945 une tres generaciones (la de los fundadores del peronismo, la de los desaparecidos y finalmente la de sus hijos) para mostrar que la experiencia de los centros de detención de ninguna manera tiene que desembocar en el complejo que los teóricos de la Shoah quieren comprender a través del concepto de *postmemory* (postmemoria). La pregunta por la relación entre el recuerdo directo, nacido de la experiencia, y aquel otro transmitido por los medios, reconstruido posteriormente, es presentada por autores centrales del discurso sobre la Shoah. En relación a una generación contemporánea de artistas que discute el tema de la aniquilación de los judíos, James Young habla de una “experiencia hipertransmitida de la memoria” y de la imposibilidad de recordar la Shoah independientemente del modo en que fue transmitida (Young 2002: 7). Entonces, la base de la memoria ya no es la experiencia carcelaria o el relato personal del superviviente sino aquellas fotos, películas o informes transcritos de testigos que el sistema de los medios de comunicación de masas reproduce permanentemente. Para Saul Friedlander la diferencia entre “common memory” [memoria común] y “deep memory” [memoria profunda] cumple una función similar. La primera se evidencia en los discursos sobre la Shoah que quieren asegurar una coherencia narrativa o argumentativa en la representación del acontecimiento. A ésta opone Friedlander una memoria profunda, que no se deja articular ni representar, resultado de un trauma no superado más allá de cualquier sentido (Friedlander 1992b: 41). Cabría decir, exagerando, que ambas formas de memoria estarían representadas, por un lado, a través del discurso validado por la historiografía, y, por otro, a través del silencio de algunos de los supervivientes de los campos de exterminio. Finalmente, Marianne Hirsch define con el concepto de *postmemory* el proceso de integración de memoria transmitida por los hijos de los supervivientes de la Shoah: lo que recibieron transmitido a través de imágenes o relatos produce a menudo una impresión tan grande que se percibe como un recuerdo propio. Acompaña a todo esto un proceso de transformación, porque la postmemoria no deja, por supuesto, sin tocar los informes de testigos de los padres: intenta integrarlos en la propia historia de su vida, algo que no es enteramente posible (Hirsch 2001: 218 y ss.; Hirsch/Suleiman 2003: 93).

Estos intentos de la generación posterior por comprender conceptualmente el paso de la memoria directa a la indirecta son fácilmente criticables en atención a su rendimiento analítico. Porque también la memoria, que todavía es testimonio directo, puede cuestionarse a sí misma. Ésta sabe que la experiencia producida en el cuerpo y en el sentido no puede encontrar un acceso directo a la forma literaria del testimonio. Formulado de otra manera: los contenidos de conciencia no son comunicación, por eso no se dejan autorizar

por nadie. Esto significa que también la primera memoria, directa, depende de una transmisión. Las preguntas “¿cómo debo formularlo?” o “¿alguien me creerá si relato lo que viví?” no se diferencian entonces, en cuanto a su anhelo de objetivación, de las preguntas “¿puedo creer en mi memoria transmitida por los medios?” o “¿el lenguaje de la segunda generación es todavía adecuado al tema?” Porque la autoinformación frente a la transmisión de la propia experiencia y el hecho de simplemente seguir escribiendo ésta son idénticos a este respecto.

De la misma manera, es dudosa la diferenciación de Friedlander. Porque, ¿cómo debe poder ser observada? ¿Qué relaciona una comunicación científica con un estado psíquico? Seguramente entran en comunicación procesos de conciencia y una acumulación subconsciente de experiencias son necesarias para que la comunicación tenga lugar, pero no son elementos propios de la misma (Luhmann 1990: 281). Por eso resulta difícil formular la pregunta acerca de la diferencia de la memoria de dos generaciones desde la referencia a algo inarticulable y no superado, y, a este respecto, también es difícil comprender el *post de postmemory* como un salto cualitativo.

En el mismo sentido argumenta Sarlo al señalar que también la memoria de una experiencia es transmitida. Toda memoria reconstruye posteriormente, y esta reconstrucción posterior no podría entenderse como estrategia de la memoria, sino, ante todo, como modalidad de historia. Sarlo transmite una manera de ver al discurso de la memoria que niega a cualquier construcción posterior la representación de una experiencia primaria preconstructiva, pero, sin embargo, finalmente transmisible. Nuestro conocimiento de la Shoah no es fragmentario porque no hayamos avanzado hacia esa experiencia primaria o nos alejamos de ella, sino porque ella, como también cualquier otro acontecimiento histórico, debe transcribirse a la luz de normas e intereses políticos y literarios contemporáneos. La crítica histórica a la filosofía de la historia en el siglo xx, que rechazó la representación de la totalidad del conocimiento como contenido del pensamiento, no permite establecer un acuerdo en torno a la idea de una experiencia directa no transmitida que fuera comunicable. Por tanto, lo único que se deja conservar en el argumento de la irrepresentabilidad de la Shoah para Sarlo es la referencia a la concreta destrucción de documentos que hubieran podido documentar el acontecimiento en detalle: “Lo que sabemos del *Lager* es fragmentario en primer lugar porque hubo una decisión política y un espacio concentracionario que se propusieron liquidar toda posibilidad de comunicación hacia el exterior y, como consecuencia, de representación posterior” (Sarlo 2005: 139).

Sarlo llega después a la conclusión de que los recuerdos no se diferencian a través de su relación con la experiencia, sino respecto al grado de intensidad con la que el individuo aislado transforma lo que le fue transmitido. Por eso sugiere marcar un giro en el discurso de la memoria, el *giro subjetivo* que se formó quizás al mismo tiempo que el *giro lingüístico*. Como ya no hay una ideología universal que regule el acceso a la experiencia pasada y que la proyecte en un futuro compacto, extrapolado, cada individuo debe leer en un “teatro de la memoria” su propia historia específica a partir de los fragmentos de su experiencia familiar, de la mediación de los medios, y de la historiografía.

Sarlo acuña aquí un concepto que puede ser malinterpretado fácilmente. Pues ella misma se había remitido en sus reflexiones acerca del discurso de la memoria en Argentina a las estrategias de dos autores (De Ípola y Calveiro) que habían desconfiado de sus experiencias subjetivas, las habían relativizado y transformado según el principio sociológico. Es cierto que esta decisión dependió de la voluntad subjetiva de ambos autores.

Pero precisamente este hecho mostró que el relato subjetivo de la destrucción de cualquier subjetividad se había desvalorado durante los acontecimientos, y esa depreciación se volvió comprensible sólo a través del conocimiento de la represión sistemática adquirido antes y después de la detención. El giro subjetivo presupone, entonces, un *giro epistémico* para poder prevenir aquella forma de mirada “fuera de la experiencia” que Sarlo asigna al final de su investigación al narrador literario, no sólo para sufrir la pesadilla de la desaparición, sino para apoderarse de ella a través de transformarla en literatura.

## 2.2. Tercera localización: transformación de la memoria en expresión estética

En la última sección de este debate acerca del discurso de la memoria en la Argentina postdictatorial nos ocuparemos de tres proyectos que buscan una entrada literaria o plástica al sistema de opresión en la última dictadura militar.

Hasta ahora, la literatura argentina ha abordado el tema del sistema de represión sólo esporádicamente. Sin embargo, y a pesar de ello, podemos fijar dos fases de debate literario sobre el régimen de terror (sigo aquí la valoración y la visión general que ofrece Dalmaroni 2003). En una primera generación de textos que abarca los años ochenta y la primera mitad de los noventa, predominan las formas de representación que subrayan formalmente lo fragmentario, quebrado y alegórico. En estos trabajos textuales se abordan aquellos motivos que conocemos de la literatura de la Shoah y que están impregnados de interrogantes de la modernidad: el silencio, el vacío y la imposibilidad, el apoderarse de la totalidad de sentido del acontecimiento y de la experiencia. La segunda generación, posterior a 1995, impregnada por las declaraciones públicas de los represores y por el surgimiento y el establecimiento de iniciativas civiles y agrupaciones de afectados en todo el país<sup>10</sup>, intenta, por el contrario, representar el acontecimiento en toda su envergadura. Para eso se sirve de un nuevo realismo que quiere escapar de las consecuencias morales del esteticismo en lo que se refiere al terror del Estado. Se interna sobre todo en ámbitos antes excluidos por el informe de la CONADEP *Nunca más*: en el ámbito de la privacidad de los represores; en el *milieu* social de los militares, limitado y cerrado al exterior; en la rutina del terror de los centros clandestinos de detención. Estos textos someten intransigentemente a discusión lo que más arriba habíamos visto como la búsqueda por parte de la generación predictatorial del relato universal e único de la realidad política: el intenso anhelo de una relación estable entre sujeto y experiencia, entre sentido y vida cotidiana.

Nuestro análisis no se propone ofrecer una visión general representativa de la producción literaria mencionada. Concentrándose en un único ejemplo de la segunda generación, la novela *Dos veces junio*, de Martín Kohan, debería mostrar qué posición puede tomar la reelaboración ficticia del tema de la dictadura militar frente a los problemas epistemológicos antes presentados. Kohan emprende este trabajo mediante un lenguaje

---

<sup>10</sup> Como ejemplo: la agrupación HIJOS, formada por hijos de desaparecidos que empezaron ellos mismos a tomar en sus manos la reconstrucción del destino de sus padres; y Memoria Abierta, una ONG fundada en 1999 que trabaja en el hallazgo, restablecimiento y publicación de archivos y red de datos de la dictadura militar.

extremadamente controlado y sobrio, en alguna ocasión con rasgos pedantescos, para ocuparse de cada hueco que no pueden llenar los testimonios del sistema concentracionario. Describe la represión desde la perspectiva de un soldado simple que no se da cuenta de la envergadura moral de sus acciones que obedecen incondicionalmente a sus superiores. Así identificado con su papel de receptor de órdenes, no le acucia inseguridad alguna sobre su actuar y su posición. El protagonista representa esa banalidad del mal que Hannah Arendt vio encarnada en Adolf Eichmann. Mientras que Eichmann organizaba meticulosamente la deportación a los campos de aniquilamiento, el personaje principal de la novela, en su función de chofer, cumple con su obligación conduciendo a un médico militar hacia los centros clandestinos en las afueras de la capital argentina. En uno de esos su superior incurre en una discusión con un colega sobre una pregunta a la que el autor nos enfrenta en el primer párrafo de la novela: “¿A partir de qué edad se puede empear (*sic*) a torturar a un niño?” (Kohan 2002: 11). La ortografía defectuosa con la que el protagonista, narrador en primera persona, encuentra escrita la frase en una libreta al lado del teléfono de su superior es culpa del (generalmente) bajo nivel educativo de los grados inferiores de la fuerza militar. Con esta frase se inaugura un escenario especulativo que puede comprenderse como complementario del que aparece en *Lo que queda de Auschwitz*, de Giorgio Agamben. En su análisis del discurso testimonial de la Shoah destaca la figura del *musulmán*, el preso más demacrado de los campos de exterminio, reducido a sus funciones orgánicas, incapaz de producir reacciones humanas esperadas (Agamben 2002: 41-89). No se puede torturar *más* al *musulmán* porque *ya* no opone más resistencia psíquica ni habla más, mientras que en el caso de la idea de torturar un lactante se presenta el problema de que éste *todavía* no se puede torturar porque *aún* no ofrece ninguna resistencia psíquica ni habla. Los represores se desembarazan de la pregunta a través de la decisión, avalada por especialistas, según la cual el recién nacido en cuestión, hijo de una desaparecida torturada casi hasta la muerte, no resistiría una tortura física con sus 2.300 gramos de peso.

Quizás el aspecto más irritante de este intento literario por describir la represión desde la perspectiva de los actores y colaboradores, lo suministra la descripción de las consecuencias que tiene la confrontación directa del protagonista con una detenida. Este encuentro ocurre en el pasillo de una barraca de un centro clandestino. Solamente separados por la puerta de una celda, el soldado, que espera a su superior, conversa con una detenida. Esta le describe cómo es tratada en el centro y le pide que transmita su nombre y el de otros amigos igualmente detenidos a un abogado. El narrador en primera persona duda, pero la encarcelada insiste y advierte al narrador que esa noche soñará con todo lo que ella le contó sobre sí y sobre el centro clandestino de detención. El lector psicológicamente formado espera a continuación que el narrador, que desde el nivel consciente no necesita muchos esfuerzos para reprimir lo dudoso de su acción, tenga este sueño, ya sea de forma inmediata o después de mucho tiempo, a fin de que lo reprimido pueda volver a la conciencia. Pero la novela, que narra acontecimientos durante un periodo de más de cuatro años, sólo menciona después un único sueño del protagonista: éste recuerda una aventura en un burdel que había tenido lugar antes del encuentro descrito. La novela apunta entonces a la posibilidad de que lo reprimido pueda ser total y de que los acontecimientos no emerjan del plano del subconsciente ni siquiera una vez. Sugiere que la memoria es contingente, que puede en realidad perderse. Si la irrepresentabilidad y el fracaso de la memoria inconsciente son, de alguna manera, producto de la falta de com-

petencia moral y social de los protagonistas del sistema de terror, entonces es el texto ficción que debe recuperar la representación suspendida.

En el texto de Kohan, se trata de una forma literaria cerrada que reconstruye una voz en el marco de la ficción, una voz que no se manifestó en el discurso público de la memoria. Pero la representación de la víctima continúa siendo central en este discurso, y después del análisis que realizamos hasta aquí se impone una pregunta: ¿qué otras formas de representación, además de la textual, (es decir, sociológica, historiográfica y literaria) podrían ser adaptados por aquel discurso? Por eso queremos dedicarnos en esta última parte a formas más públicas de representación del evento histórico de la *desaparición*.

El proyecto *Parque de la Memoria* en Buenos Aires fue inicialmente desarrollado en el contexto de un programa de planeamiento urbano, cuyo objetivo era la reurbanización de las zonas costeras del espacio urbano de la capital argentina. Fue planeado como una combinación de parque de esculturas y tres monumentos: uno dedicado a las víctimas del terrorismo de Estado (mientras tanto completado), otro, a las víctimas del atentado a la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) en 1994 y un tercero, último, a las víctimas de la Shoah. Después de que la legislatura porteña había decidido la construcción del parque en 1998, una comisión que reunía a miembros del gobierno de la ciudad y a representantes de diez organizaciones de derechos humanos y de la Universidad de Buenos Aires se hizo cargo de la realización del proyecto. En un terreno de catorce hectáreas, situado entre la nueva Ciudad Universitaria y la orilla del delta del Río de la Plata, están surgiendo un conjunto de pabellones para exposiciones e información, una zona de parque y un jardín con esculturas que, en tanto lugar público, debía cumplir una función testimonial, artística, cultural y turística. Paso a paso se levantan en el parque de esculturas los diecisiete trabajos que resultaron ganadores de un concurso o que fueron directamente invitados. Hasta ahora se han instalado tres trabajos.

A primera vista, el proyecto se vale de una semántica configurada en el proceso de un discurso de la memoria alternativo, propagado masivamente. Como en Berlín o en Yad Vashem, un lugar de información sirve para reconstruir las biografías de las víctimas a través de fotos, cartas y más documentos escritos. Por eso mismo, el monumento a las víctimas del terrorismo tiene una forma que recuerda con fuerza al Museo Judío de Berlín, de Daniel Libeskind: en una colina, cubierta de césped, hay un camino a modo de cascada, con forma de zigzag que conduce desde la zona de entrada al paseo de la orilla. Finalmente, los nombres de todos los desaparecidos figuran grabados en plaquetas e instalados en cuatro paredes protegidas y anchas.

Como elemento muy específico, que proporciona una decisiva marca simbólica, varios comentaristas mencionan su ubicación a orillas del delta del río. A través de la publicación de testimonios de participantes militares a mediados de los años noventa, pudo saberse con claridad que a cientos de detenidos durante la dictadura les provocaron estados de inconsciencia mediante inyecciones, los cargaron en aviones militares y los arrojaron sobre el delta en los llamados “vuelos de la muerte”. De esta forma, ese lugar se transformó en un lugar histórico del terror.<sup>11</sup> La identificación pública de las víctimas

---

<sup>11</sup> Cf. los testimonios sobre los “vuelos de la muerte” en Verbitsky (1995); sobre el carácter simbólico del delta del río para el discurso de la memoria en la Argentina, De Valdez (2003: 98 y ss.)

en las columnas del monumento a orillas del Río de la Plata se interpreta en este contexto como fracaso del plan de desaparición total de las víctimas.

Sin embargo, hay agrupaciones que critican severamente este gesto simbólico o, más radicales aun, toda la iniciativa. Las ya mencionadas Madres de Plaza de Mayo e HIJOS, pero también miembros de la Asociación de Ex-desaparecidos quieren impedir la identificación de las víctimas, por dos razones: según la primera, se debe evitar que, a través de la identificación nominal de las víctimas, se desvalorice su identidad política colectiva; después, segunda razón, a algunos de los creadores del proyecto se les echó en cara que pertenecían a organismos de gobierno que en el pasado habían aceptado las leyes que hicieron posible la amnistía de los culpables.<sup>12</sup> Las Madres amenazaron incluso con romper las plaquetas que llevan el nombre de las víctimas. Ciertamente, las Madres cuentan con una iconografía propia de la desaparición, que incluye el símbolo de la silueta, del pañuelo e incluso fotografías de desaparecidos, motivos que se instalan en determinados días en la pirámide de la Plaza de Mayo. Pero, a un observador de su tendencia iconoclasta le parece que tienden a formas siempre más abstractas de representación, porque desconfían de las formas miméticas, forzosamente individualizadoras del discurso de la memoria. La intervención sobre lo realmente sucedido puede lograrse bajo esta condición sólo a través del discurso, a través de un lenguaje impregnado de una retórica de la reencarnación (González 2007: 37 y ss.)<sup>13</sup>. Sobre esta discusión, en la que se vio envuelto el trabajo de la comisión para la construcción del parque, señala una comentarista:

[C]ualquier mirada analítica sobre el trabajo de la Comisión debe tener en cuenta el valor que en sí mismo encierra el proceso de toma de decisiones que hace posible el avance en cada una de las fases del proyecto. Porque un emprendimiento de carácter público como el que nos ocupa refiere de manera permanente a aspectos ideológicos y de acción política colectiva propios de los actores principales que la impulsan, así como a cuestiones de orden práctico relativos a su funcionamiento (De Valdez 2003: 108).

Se ve que aquí el problema de la representabilidad de la desaparición generada a través de la violencia no tiene carácter teórico, sino que se comprende como problema de la disposición política (y práctica) de los actores. La decisión de si deben instalarse las placas con los nombres de los desaparecidos no está guiada por la pregunta acerca de si el arte y la ciencia se encuentran en posición de elaborar conceptos relativos al principio completo de la desaparición y la destrucción radical, sino si los grupos participantes están en condiciones de ponerse de consensuar un acuerdo. La pregunta por la representabilidad se convierte aquí en una pregunta por el procedimiento. Que el parque también vaya a contener un monumento de la Shoah, lo relaciona aún más con el discurso global

<sup>12</sup> Se trata aquí de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, promulgadas por el gobierno argentino en diciembre de 1986 y en junio de 1987, respectivamente, y derogadas recientemente, en junio de 2005.

<sup>13</sup> González le concede a la posición iconoclasta un significado fundamental en el debate sobre la función del arte, pero no, como nosotros, porque representa una autoirritación del arte, sino porque posibilita una “catarsis de las pasiones” en la frontera de la memoria. (González 2007: 40). González olvida acá que el argumento de la no-representación está motivado por razones de la política del poder antes que por razones terapéuticas.

de la memoria, en el que se trata ante todo de la consolidación universal de los estándares de derechos humanos y del aprovechamiento del propio pasado como capital cultural, más que de la disputa en torno al dilema de la irrepresentabilidad y de la unicidad. Posiciones como la de Andreas Huyssen, que integra el Parque de la Memoria de Buenos Aires sin fisuras en tal intercambio global de motivos de memoria y estrategias de inscripción temporaria de la historia en espacios urbanos, muestran que el problema de la irrepresentabilidad se licua, por así decir, en las dimensiones del espacio urbano y del tiempo histórico. Ni bien la relación con el acontecimiento (que sólo puede ser representado como caja negra), ni bien la auto-provocación (que produce el argumento de la negación de todo medio de representación) se encuentran aquí en el centro del análisis, sino sólo el juego de las cambiantes inscripciones de la memoria en los espacios urbanos, que se vuelven legibles mediante el uso de técnicas literarias como palimpsestos (Huyssen 2003: 7 y pp. ss.).

Llegado a este punto, se muestra que incluso la forma abierta del *Parque de la Memoria* con sus múltiples funciones, con la gran cantidad de artistas particulares, arquitectos y diseñadores de paisaje que le dieron forma y de agrupaciones que lo concibieron y justificaron, no está todavía en posición de incluir ni voces críticas radicales ni tampoco futuros visitantes como creadores. El proceso de hallazgo de la decisión, los diferentes ofrecimientos para marcar el lugar, la pregunta por la identificación y la pregunta (políticamente motivada) por la autorización no pueden ser representadas en el espacio mismo de la memoria. Ese espacio fue ciertamente generado en el debate sobre el significado político de algunos elementos y sobre la capacidad de función del proyecto y también allí tiene consecuencias, pero no es evidente en el espacio discutido como proceso, sino sólo como resultado: los nombres serán finalmente instalados o no, y ningún texto o imagen informará sobre el debate que precede a la realización misma. Por esta razón queremos presentar, como cierre de esta reflexión sobre el discurso de la memoria en la Argentina actual, un trabajo que intenta producir esta forma abierta, en tanto que despierta, por una parte, la idea de una forma final y, por otro, la figura autorizada del artista que firma.

El proyecto *Química de la memoria* fue concebido en el contexto del discurso de la memoria como proceso de creación colectivo itinerante. El artista alemán Horst Hoheisel, que se volvió conocido en Alemania a través de diferentes trabajos en el ámbito de la estética de los llamados *antimonumentos*, tuvo en el año 2004 la idea de pedir a víctimas de la represión, sus familiares y a testigos de la época objetos de recuerdo, y de moverlos en un contenedor por la capital Buenos Aires, sobre todo por lugares históricamente relevantes (la ESMA y otros centros clandestinos de detención y tortura) como ámbito temporal de exposición. A través de una red de contactos informales y formales, se buscaron interesados que tomarían parte con un objeto que estuviera de alguna manera en relación con su experiencia personal de la dictadura. En sesiones colectivas preparatorias con potenciales participantes, en las que se presentaron esos objetos, asistentes locales tomaron la iniciativa, de modo que Hoheisel, el curador originario, se fue retirando gradualmente del proyecto. Además, la idea del container paseador se mostró irrealizable. Los costos presentados y los obstáculos administrativos lo complicaban. En lugar de eso, se concibió una exposición itinerante que hoy en día es cuidada por dos curadoras argentina, una artista y una socióloga. Ellas modificaron la exposición de modo que integraron textos de los interesados en los que ellos aclaraban por qué habían elegido ese objeto para la exposición. Mientras que en la primera exposición en la *Biblioteca Nacional* en

Buenos Aires los objetos estaban ubicados en estantes y los textos que los acompañaban fueron instalados en un letrero, en la segunda exposición en el *Museo de la Memoria* en Rosario se repartieron los objetos en tres mesas: una mesa fue dedicada a los objetos de los participantes que fueron testigos directos de la época o víctimas de la dictadura, una segunda para participantes que durante la dictadura no tuvieron conocimientos de la represión, y finalmente una última para la generación siguiente.

De este proyecto llaman la atención varios elementos que lo hacen un proceso abierto que lo asienta en el ámbito fronterizo entre arte, estudio sociológico y terapia. Por un lado, los grupos que se reunieron para la discusión del proyecto y la presentación de los objetos también eran sesiones terapéuticas en las que los participantes comunicaban sus recuerdos y los ponían en relación con los de los demás. Estas confrontaciones ingresaron en parte en los textos que acompañan los objetos. Por otro lado, la concepción del proyecto pone en duda la figura del artista. El proyecto fue ciertamente impulsado por Hoheisel, pero no se lo debe consignar más como persona autorizante. En el proceso de formación de la exposición actuó sólo como fermento que activó la reacción de distintas memorias individuales. La continuación de la organización de la exposición requiere ciertamente también curadores, pero ningún rostro individual más que sea responsable de una expresión estética específica y reconocible y que la apruebe con su firma. El paso del representante de la idea a las curadoras locales y a su trabajo en conjunto con el director del museo en Rosario muestra que el proyecto está más marcado por el proceso de comunicación entre curadores, lugar de exposición, participantes y visitantes que por la inspiración de un individuo reconocible como artista. Por otra parte, se suspende el concepto tradicional de observación contemplativa. Cada visitante es un potencial participante, porque el proyecto es inacabable: con cada nueva exposición le llega la invitación para aportar él mismo un objeto. Allí sería incluso imaginable pasar de objetos que dependen directamente del recuerdo de la represión a objetos y textos que reflejan el estatus de las obras hasta ahora expuestas como representantes de memoria. Ciertamente se podría someter el estado actual de la colección de objetos a aquella crítica que Pilar Calveiro manifestó para con la ya mencionada *Exposición por la identidad del detenido desaparecido* de 1997: que se desconecta la identidad política de las víctimas y de su entorno social, ya que la mayoría de los objetos se ponen del lado emocional y privado. Pero el proceso abierto al público de llegar a un acuerdo temporal acerca de la selección e interpretación de los objetos de memoria es en sí mismo político. Lo abierto y lo performativo de la creación de las muestras, empujado por redes de contactos, reuniones de interesados e intervenciones de los concurrentes muestran que lo químico de la *Química de la memoria* es lo político.

Traducción: María Paula Daniello  
Revisión: Sela Bozal y el autor

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2002): *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-Textos.
- Calveiro, Pilar (2004): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.

- (2007): “Memoria, política y violencia”. En: Lorenzano, Sandra/Buchenhorst, Ralph (eds.): *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, México/Buenos Aires: Universidad del Claustro de Sor Juana/Gorla, pp. 44-62.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) (2003): *Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba, 6ª ed.
- Dalmaroni, Miguel (2003): “La moral de la historia: novelas argentinas sobre la dictadura”. En: *Hispanérica*, XXXII, 96, pp. 29-47.
- De Ípola, Emilio (2005): *La bamba. Acerca del rumor carcelario y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Valdez, Patricia Tappatá (2003): “El Parque de la Memoria en Buenos Aires”. En: Jelin, Elisabeth/Langland, Victoria (eds.): *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI, pp. 97-111.
- Feierstein, Daniel (2000): *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2007): *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. México/Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Forster, Ricardo (2007): “De batallas y olvidos: el retorno de los setenta”. En: Lorenzano, Sandra/Buchenhorst, Ralph (eds.): *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*. México/Buenos Aires: Universidad del Claustro de Sor Juana/Gorla, pp.63-94.
- Friedlander, Saul. (ed.) (1992a): *Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- (1992b): “Trauma, Transference, and ‘Working Trough’”. En: *Writing the History of the Shoah, History and Memory*, 4, pp.39-59.
- González, Horacio (2007): “La materia iconoclasta de la memoria”. En: Lorenzano, Sandra/Buchenhorst, Ralph (eds.): *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, México/Buenos Aires: Universidad del Claustro de Sor Juana/Gorla, pp. 27-43.
- Hirsch, Marianne (2001): “Surviving Images: Holocaust Photographs and the Work of Postmemory”. En: Zelizer, Barbie (ed.): *Visual Culture and the Holocaust*. New Brunswick: Rutgers University Press, pp. 215-246.
- Hirsch, Marianne/Suleiman, S. R. (2003): “Material Memory. Holocaust Testimony in Post-Holocaust Art”. En: Hornstein, Shelley/Jacobowitz, Florence (eds.): *Image and Remembrance. Representation and the Holocaust*. Bloomington: Indiana University Press, pp.19-96.
- Huffschmid, Anne (2006): *Stadt als Labor: Krise und Erinnerung in Berlin und Buenos Aires*. Berlin: Parthas.
- Huysen, Andreas (2003): *Present Pasts. Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford: Stanford University Press.
- Kohan, Martin (2002): *Dos veces junio*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Levi, Primo (2006): *Bericht über Auschwitz* (ed. por P. Mesnard). Berlin: Basisdruck.
- Lorenz, Federico (2004): “Lo que está en juego en la ESMA”. En: *Puentes* 11, pp. 20-22.
- Luhmann, Niklas (1990): *Die Wissenschaft der Gesellschaft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Oberti, Alejandro/Pittaluga, Roberto (2001): “Retazos para una memoria”. En: *El Rodaballo, Revista de política y cultura*, 13, pp.16-20.
- Pastoriza, Lila (2005): “La memoria como política pública: los ejes de la discusión”. En: Brodsky, Marcelo (ed.): *Memoria en construcción: el debate sobre la ESMA*. Buenos Aires: La marca, pp. 85-94.
- Sarlo, Beatriz (2005): *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Schindel, Estela (2006): “Las pequeñas memorias y el paisaje cotidiano: cartografías del recuerdo en Buenos Aires y Berlín”. En: Macón, Cecilia (ed.): *Trabajos de la Memoria. Arte y Ciudad en la Postdictadura Argentina*. Buenos Aires: Ladosur, pp. 51-73.

Verbitsky, Horacio (1995): *El vuelo*. Buenos Aires: Planeta.

Virilio, Paul (1986): *Ästhetik des Verschwindens*. Berlin: Merve.

Young, James E. (2002): *Nach-Bilder des Holocaust in zeitgenössischer Kunst und Architektur*. Hamburg: Hamburger Edition.